

## EPISTOLA VI.

Al licenciado Andres de Salvatierra.

Sobre el lenguaje que se requiere en el púlpito entre los predicadores.

En tres dias, señor Licenciado, oimos otros tantos sermones, en que se les dió una buena carda á los predicadores cultos, haciendo en ellos la riza que en ovejuetas tiernas pudieran hacer hambrientos y sangrientos lobos. Corrimo de ver tan crudamente castigada la inocencia; dolíome en el alma oír golpes tan fieros contra la elocuencia medida y casta, y tan dentro de sus verdaderos y justos límites ceñida, llamándola lenguaje crítico y culto, y diciendo de ella indignas libertades. Bien sé que si los santos varones, que son en esta parte calunniados, se quisieran defender, que con espadas negras rebatieran, como tan diestros, las aceradas de sus contrarios; pero quieren ganar con paciencia el mérito que pudieran perder por la ira, y quieren discretamente darse por no reprendidos en lo que tiene dilatado campo de alabanza y de reprension, ni un cortísimo paso. Poco letrado soy yo para defensor de esta causa:

*Quid enim (hablo con Lucrecio) contendat hirundo.  
Cycnis? aut quidnam tremulis facere artibus hædi  
Consimile in cursu possint ac fortis equi vis?*

¿Qué comparacion tiene la parlera golondrina con el sonoro cisne? ¿y los trémulos cabritos qué harán puestos en concurso al valor del alado caballo? Confieso la pequeñez de mi doctrina, como admiro la valentía de otros sujetos que debieran salir á esta tan debida apologia; mas, entre tanto que ellos se arman, entretendré yo la escaramuza con animosos deseos, si no con robustas fuerzas. Ya que salimos al campo, sepamos sobre qué reñimos, y no sea todo dar en los broqueles, donde no puede haber verdadera herida. Es sobre que no se debe predicar la palabra divina en lenguaje crítico y culto, sino en términos claros, con que la doctrina evangélica sea de todos entendida. Segun eso, señor, lenguaje crítico y culto es lenguaje intrincado y obscuro, ambigioso y enigmático, de manera que el concepto y pensamiento del predicador no viene á ser entendido. Si ello es así, la sentencia está bien dada, yo me conformo con la reprension, y desde luego la llamo justa. Pero examinemos, por vida mia, esto que llaman crítico y culto en realidad qué cosa sea, y del exámen se sacará en limpio si la reprension ha sido justa. Primeramente digo que lenguaje crítico no le hay ni ha habido en el mundo. Luego diremos qué sea estilo culto. *Crisis* es nombre griego, significa el juicio y censura que se hace de las obras ajenas; y *crítico*, el censor y juez de las obras ajenas. Ciceron, lib. IX, epíst. XIII, á Dolabella, dice: *Ego tamquam criticus antiquus iudicaturus sum, utrum sint*, etc. Entre los gentiles fueron Aristarco y Mercio Tarpa valientes críticos,

á quien se cometia la censura de los libros. Horacio *De Arte poética*:

*Si quid tamen olim  
Scripseris in Metii descendat iudicis aures.*

Y al fin del *Arte*:

*Fiet Aristarchus; nec dices cur ego amicum  
Offendam in nugis?*

Fabio Quintiliano fué tambien gran crítico, el cual, en el libro de sus *Instituciones oratorias*, hace un largo y acertado juicio de los poetas oradores y historiadores insignes: en nuestro siglo han sido doctísimos críticos Julio César Scaligero y Justo Lipsio. De modo que crítico ya consta lo que es, y en esta misma significacion los médicos llaman dias críticos á los dias en que más bien se juzga y decierne la enfermedad del paciente, y en latin se llaman *decretorios* dias, por el verbo *decerno*, que significa discernir y juzgar. Siendo esto así, sin duda ignora la significacion de *crisis* y *crítico* quien dice lenguaje crítico, pues en decirlo dice un disparate, y como papagayo, habla lo que no entiende. No hay lenguaje crítico, como no hay lenguaje decretorio. Diránme que así lo dice el vulgo. En fin, cosa de vulgo, que es tanto como decir bestia de muchas cabezas, y cada una de su parecer, y pareceres contrarios. Virgilio:

*Scinditur incertum studia in contraria vulgus.*

Ahora bien; si no hay lenguaje crítico, á lo ménos hay lenguaje culto. Eso es así, yo lo confieso y afirmo. Mas el lenguaje culto está tan léjos de ser vituperado en el púlpito y cátedra de los hombres doctos, que debe observarse en él con estrecho rigor. *Culto* viene del verbo *colo*, que significa pulir y adornar. Ciceron, *pro Quintio*: *Erat res rustica bene culta et fructuosa*. Así que, lenguaje culto es un modo de hablar bien trabajado y cultivado, no humilde ni desechado en ninguna manera; porque, si tal fuese, sería indigno de la gravedad del púlpito sagrado, indigno de las materias altas y divinas que en él se predicán. Oigamos á Ciceron en el primero de los oficios: *Nulla vite pars vacare officio potest, in eoque colendo sita vite est honestas omnis, et in negligendo turpitudine*: «En ningún estado, dice, el hombre carece de oficio, y en el cultivarle consiste todo la que es honesto, y en el despreciarle la misma torpeza.» El mismo, en el propio lugar: *Delectant etiam magnifici apparatus, vitæque cultus cum elegantia et copia*: «Deleitan los magníficos adornos, y el culto de la vida con elegancia y copia.» Diréis que es verdad que deleitan, pero que no dan fruto ni edifican las almas: digo que si deleitan, que tambien edifican. Oid lo que dice aquel gravísimo doctor Lactancio Firmiano, lib. VI, cap. V: *Quo magis sunt eloquentes, eo magis sententiarum elegantia persuadent, et facilius inherent audientium memoria versus numerosi et ornati*: «Cuanto más elocuentes son, más bien persuaden con su elocuencia, y más fácilmente se apegan á la memoria de los oyentes, los versos rodados y cultos.» Bueno será que un predicador se suba al púlpito á hablar de repente,

y que no lleve bien estudiada la materia, y que no se haya desvelado en la elocucion sublime de los conceptos divinos, vistiéndolos con palabras dignas de su divinidad. Con ropas de bodas ha de ir al espléndido convite del Evangelio, descalzarse tiene las abarcas de nuestra pedestre y humilde conversacion, arrojar debe las antiparas y zamarras del inculto y toscó lenguaje, principalmente en este nuestro siglo, en que la lengua castellana, aun en personas vulgares, está tan valida y tan gallarda: *Laudamus veteres et nostris utimur annis*, dice Ovidio: «Alabamos los años antiguos, es verdad, pero usamos de los nuestros.» Los viejos hablen en su lenguaje rancio, que por ser viejos los oirémos con reverencia; pero dejen á los mozos que refresquen y remocen la lengua, pues con la mudanza de los tiempos se muda tambien el estilo de hablar. ¡Oh bien haya Horacio! y qué bien lo dijo:

*Ut silva foliis pronos mutantur in annos,  
Prima cadunt, ita verborum vetus interit ætas,  
Et juvenum ritu florent modo nata vigenque.*

«Como los árboles cada año se renuevan de hoja, y la primera que nació, muere la primera, así la vieja edad de las palabras perece y se enjovenecen, florecen y están valientes las recién nacidas.» En pocas dice lo mismo Lucrecio:

*Quod fuit in pretio, sit nullo denique honore.*

Con él consuena M. Tulio, filípica XII: *Nihil enim semper floret; ætas succedit ætati*. No se cansen los viejos con pensar que han de ir los mozos á su paso. Lo que en su tiempo fué bueno y muy estimado, ya no tiene precio ni estima: una edad sucede á otra, y en cada una corre su moneda, y la moneda corriente es sola la que vale. Y si hay algunos mozos tan al temple de los viejos, que gustan más del sencillo lenguaje, y aun inculto, de ellos, y quieren que les ponga la ceniza en la frente, yo lo haré. Digo que eso nace, ó de cortedad de ingenio, ó negligencia propia. Si es de lo primero, disimulo y callo, que no debo pedirles lo que naturaleza les negó; si de lo último, no quiero pasar por su descuido: trabajen, desvelense en adquirir la elocucion oratoria que el venerable púlpito pide; miren cómo y con qué ropa han de vestir diferentes conceptos, adónde han de alargar la hebra, adónde la han de tirar; dónde han de angelicarse y pisar las estrellas, dónde han de humillar la cerviz y coserse con la tierra; en las alabanzas sean difusos y floridos, en las reprensiones afectuosos y fervientes, en la doctrina claros, pero concisos; concisos, pero claros; en las descripciones ingeniosos y galanes, y en nada sin estudio y cuidado, trabajando que no parezca el trabajo, y cuidando que se disimule el cuidado. Vuelvo á mi Horacio, que le hallo á la mano á cuanto quiero decir. Suplicoos que le oyais y le mireis á las manos:

*Ex noto fictum carmen sequar, ut sibi quis  
Speret idem, sudet multum, frustra que laboret  
Ausus idem: tantum series juncturaque pollet:  
Tantum de medio sumitis accedit honoris.*

«Yo, dice, adornaré de tal manera un pensamiento, y éste de cosas comunes y vulgares, y le dispondré y compondré de manera, que oído, á cualquiera le parezca cosa muy fácil, y llegado á tentar lo mismo, sude y trasude, y trabaje en vano: tanto importa la orden del arte y la cultura de las palabras, que aquello que fué antes cosa ordinaria, recibe tan grande esplendor, que se desconoce á sí mismo.»

Aquel gran crítico Quintilio Varo, cuando le traian algun poema á que le viese y censurase, *corrige*, decia al poeta, *esto y esto por tu vida*; si respondia que no podia más, mandábale que volviese al yunque los mal forjados versos; si defendia el poeta sus faltas, y no las queria emendar, callaba y despedia al enamorado de sí mismo. Y decia generalmente: «El prudente poeta abomine los versos flojos y sin arte, culpe los duros, borre los incultos»:

*Vir bonus et prudens versus reprehendet inertes,  
Culpavit duros, incommis allinet atrum  
Transverso calamo signum.*

¿Veis cómo no solamente este gran crítico no vituperaba el lenguaje culto, sino que le alaba, y satiriza el inculto? Ya me parece que os veo retorcer los labios, y que me decís que esto valga nora buena en los poetas, pero que en los oradores divinos corren desiguales obligaciones; antes yo digo que mucho más apretadas, y lo probaré, no solamente con los preceptos de la elocuencia, pero con la leccion de los santos padres que han escrito eruditísimamente sobre la sagrada Escritura; y que la cultura de las palabras y subtileza de los conceptos no oscurecen la oracion, antes la exornan, califican y acreditan; de donde resulta la persuasion de la cosa, el halago de las orejas y la conversion del alma. Todos los retóricos que hasta hoy han escrito del arte de la elocuencia, convienen en esto: que la retórica es arte de bien hablar, y que bien hablar, es hablar culta, copiosa y elegantemente: *Ornate, copiose et dilucide loqui*. Tras esto dicen, uniformes, que el modo de hablar es tripartito, sublime, templado y humilde. El sublime toma para sí el orador, sea gentil, sea cristiano, y principalmente pertenece el grave, culto y levantado estilo al orador cristiano, digo al predicador evangélico, porque la materia que trata, no sólo es alta y magnilocua, pero divina; y si al concepto han de seguir las palabras, siendo la doctrina que explica, enseña y persuade no ménos que del cielo, no ménos que del mismo Dios, las ropas con que se ha de vestir aquel concepto divino, necesariamente será sublime, elegante y culto. Oigamos á M. Tulio en el libro de retórica que escribió á Herennio: *Sunt igitur tria genera, quæ nos figuras appellamus, in quibus omnis oratio non vitiosa consumitur, unam gravem, alteram mediocrem, tertiam extenuatam vocamus. Gravis est, quæ constat ex verborum gravium, magna et ornata constructione*, etc.: «El modo de hablar grave y sublime, dice Ciceron, consta de una grande y adornada fábrica de pala-

bras graves.» Y luego, un poco más abajo, dice: «Será grave la oración si se acomodaren á los conceptos que se dijeren, elegantísimas palabras, ya propias, ya metafóricas; y si se escogieren graves sentencias para la amplificación y conmiseración, y si se trajeren exornaciones de tropos y figuras con que quede la oración autorizada»: *In gravi figura consumetur oratio, si, quæ cujusque rei poterunt ornatissima verba reperiri, sive propria, sive translata, ad unamquamque rem accommodabuntur*, etc. Diga tras Ciceron su parecer Quintiliano, en sus *Institutiones oratorias*, lib. VIII, cap. III, *De Ornatu: Venio nunc ad ornatum, in quo sine dubio plusquam in ceteris dicendi partibus sibi indulget orator*, etc.: «Vengo ahora, dice, al ornato, en que sin duda más que en esotras partes de la elocuencia se aplaude á sí el orador.» Porque de hablar un lenguaje limpio y claro poca gloria se alcanza; pues no es más que carecer de vicios, sin adquirir gloria ni virtud alguna; hallar cosas que decir, común es eso á los indoctos y á los doctos: para disponer el sermón no es menester mucha doctrina, si bien los artificios más ingeniosos, ocultarse tienen para que sean artificios. Finalmente, todas estas cosas miran á sola la utilidad de las causas, pero en la cultura y ornato el orador hace lo que debe como buen orador, y se engrandece á sí, y si en las demás partes granjea la aprobación de los doctos, en la bizarría de la lengua la de los doctos y el aplauso popular. Bien claro queda con la doctrina del padre de la elocuencia, Ciceron, y con la del gran Quintiliano, á quien siguen los demás retóricos, que el lenguaje culto, grave y majestoso pertenece derechamente al púlpito y á los demás que escriben ó hablan de materia teológica, que, como propriamente cosa divina, pide de necesidad divino estilo. Y en esto no quiero ser creído si no lo rubrican y califican muchos santos padres con autoridades de sus escritos.

*Sed quoniam e scopulosis locis enavigavit oratio, et inter tantas spumeis fluctibus cautes fragilis in altum cymba processit, expandenda vela sunt ventis, et questionum scopulis transvadatis, et letantium more nautarum, epilogi celeuma cantandum est*: «Ya que mi oración de los peligrosos escollos se ha escapado, y por entre rocas candidas con las olas espumosas se ha metido en el golfo mi chalupa, quiero explayar las velas á los vientos; y pues he ya vadeado las peñas de las ásperas cuestiones, á guisa de rotozosos marineros, cantaré de mi epílogo el deseado celeuma.» Esto es de San Jerónimo á su buen amigo San Heliodoro.

Hable otro santo sobre los juegos de los gentiles llamados gladiatorios: *Paratur gladiatorius ludus, ut libidinem crudelium luminum sanguis oblectet; impletur in succum cibis fortioribus corpus: et arvina assidui nidoris membrorum moles robusta pinguescit, ut saginatus in penam carius pereat: homo occiditur in hominis voluptatem, et ut quis possit occidere periticia est, usus est, ars est*: «Prepárase fiesta de espadachines, para que el antojo de las crueles

lumbres en la sangre se recree; llénase de fuertes manjares para mayor sustancia el cuerpo; y con el oloroso graso la robusta máquina de los miembros mal engorda, para que el condenado á la pena le cueste la muerte mucho más cara: matan al hombre para deleite del hombre, y para saber matar hay su enseñanza, hay su ejercicio, hay su arte.» San Cipriano, lib. II, epístola II.

Entre agora otro hablando doctamente en metáfora del trigo molido aplicado al martirio, que deseaba, lugar culto y piadosamente dispuesto: *Sinite me feris esse cibum, quarum ope, Deo frui possum. Frumentum Christi sum, et dentibus bestiarum molor, ut mundus panis Deo reperiar; magis blandimini feris, ut mihi sepulcrum fiant, et nihil e corpore meo dimittant*. Elegante metáfora: «Dejadme ser manjar á las fieras; con ayuda suya pienso gozar de Dios. Trigo soy de Cristo, las muelas de las bestias me muelan, para que yo sea á los ojos de Dios blanco candeal; lisonjead á las fieras para que arremetiendo á mí, despedazado me coman, y su vientre sea mi sepulcro.» (San Ignacio, epístola XII.)

Diga otro tras éste lo bien que siente de la copiosa limosna que hizo á los pobres en Roma un santo amigo suyo Alecio: *Quam bono tunc urbs nostra tumultu fremebat, cum tu misericordie viscera reficiendis et operiendis pauperibus effundens pallida esurientium corpora reformares, aridas sitiendum fauces rigares, tremula argentium membra vestires, et omnium consona in Dei benedictionem ora reserares*: «¡Qué balamido, y qué buen balamido resonaba por toda nuestra ciudad, cuando tú, deramando las entrañas de misericordia en apacentar y vestir á los pobres, los pálidos cuerpos de los hambrientos reformabas, las secas gargantas de los sedientos regabas, los trémulos miembros de los desnudos vestías, y las bocas de todos abrias, en gloria y alabanza de Dios todas conformes!» (San Paulino, obispo de Nola, epístola XXXIII.)

Otra autoridad, si breve, no ménos valiente. Habla este autor de la anunciación de la Virgen nuestra Señora: *Ubi audivit hoc Maria, non quasi incredula de oraculo, nec quasi incerta de nuntio, nec quasi dubitans de exemplo, sed quasi leta pro voto, religiosa pro officio, festina præ gaudio in montana perrexit. Quo enim jam Deo plena, nisi ad superiora cum festinatione contenderet? nescit tarda molimina Sancti Spiritus gratia*. Bien trabajado y cultivado pensamiento: «Cuando esto oyó María al ángel, no como incrédula del oráculo, ni como incierta del embajador, ni como dudosa del ejemplo, sino como alegre por el voto, religiosa por el oficio, apresurada de contento caminó por la montaña. Porque la que ya estaba llena de Dios, ¿dónde habia de ir aprisa sino á las alturas? No sabe de tardanzas la gracia del Espíritu Santo.» (San Ambrosio, obispo, lib. II, in Lucam.)

Autorice nuestro intento otro gravísimo doctor de la Iglesia. Oid: *Duas vitas sibi divinitus predictas et commendatas novit Ecclesia: quarum una est*

*in fide, altera in specie: una in tempore peregrinationis, altera in aternitate mansionis: una in labore, altera in requie: una in via, altera in patria: una in opere actionis, altera in mercede contemplationis: una declinat à malo et facit bonum, altera nullum habet à quo declinet malum; et magnum habet, quo perfruatur, bonum: una cum hoste pugnat, altera sine hoste regnat*. ¿Hay agudeza tan elegante? ¿hay elegancia tan aguda? «Dos vidas, dice, reconoce predicadas y alabadas de sí divinamente la Iglesia. La una de ellas está en fe, la otra en la especie: la una en el tiempo de peregrinación, la otra en eternidad de mansion: la una en trabajo, la otra en descanso: la una en camino, la otra en patria: la una en obra de acción, la otra en paga de contemplación: la una se aparta del mal y hace bien, la otra no tiene mal de que apartarse, y que gozar gran bien: la una pelea con enemigo, la otra sin enemigo reina.» (San Agustín, obispo, en el tratado CXXIV in Joannem.)

Oidme otra autoridad, que es de san Leon, papa, sermón IX *De Nativitate domini*, y con esta conclusión: *Excedit quidem, dilectissimi, multumque supereminet humani eloquii facultatem divini operis magnitudo: et inde oritur difficultas fandi, unde adest ratio non tacendi: quia in Christo Jesu Filio Dei non solum ad divinam essentiam, sed etiam ad humanam spectat naturam, quod dictum est per prophetam: Generationem ejus quis enarrabit? Utramque enim substantiam in unam convenisse personam, nisi fides credat, sermo non explicat; et ideo numquam materia deficit laudis, quia numquam sufficit copia laudatoris*: «Excede, oh carísimos, y sobrepuja á la capacidad del lenguaje humano, la grandeza de la obra divina; y de allí nace la dificultad de hablar, de donde está la razón de no callar; porque en Cristo Jesús, hijo de Dios, no solamente pertenece á la divina esencia, mas á la naturaleza humana, lo que dijo el profeta: *Generationem ejus quis enarrabit?* Porque la una y la otra sustancia haberse juntado en una persona, si la fe no lo cree, la lengua no lo explica; y así nunca falta materia de alabanza, porque nunca hay harta suficiencia en quien alaba.» ¿Puede subir más alto el entendimiento humano? ¿Puede la elocuencia tener más gala, más ornato, más artificio? Esto es estilo grave y magnífico cual lo pide el púlpito; pero los desvanecimientos de los que llamas cultos son risa del pueblo y endechas de la religión cristiana. Oid lo que dijo un culto: *Libra cédulas de agua en bancos de piedra el capitán de Israel, insigne por los rayos de su cornudo rostro*. Gallarda vanidad por cierto, para decir que Moisés sacó agua de una piedra. Y otro culto, tan loco como éste, dijo: *En este monte, abotonado de riscos, cuyos árboles parecían estafermos del aire, el primer viviente cometiò aquel archiinsulto que perdió al género humano*. Todo esto dice que quiere decir que Adán pecó en el paraíso. ¡Oh culticias abominables! ¡oh frenéticos predicadores, indignos del púlpito venerable! Otro dijo al tono de los pasados, para significar el castigo que Dios hizo en los

Egipcios en el mar Bermejo: *Quedaron sumergidos en el leteo del olvido los que para mausoleos de inmortal memoria sacó la diestra del altísimo, como ojos al margen del mar Rojo para eternas notas de sus protervas, si antdivinas, emulaciones*. A tales predicadores privación de oficio mordaza era á la gruta de su boca.

Ea, acabémonos de desengañar, y creer que no es decente á la grandeza del púlpito el lenguaje que llaman culto ni el inculto, sino, al contrario, que debe el predicador estudiar la frásis selecta y escogida, apacible al oído, honesta y casta, no licenciosa, no grosera y rústica, no descomedida, no malsonante, no ridícula y bufona, no rancia, no traída del otro siglo á éste, en que florece la lengua castellana. Y si bien en los predicadores viejos es razón reverenciar las canas de su lenguaje, dejen ellos también que los modernos gocen de su tiempo, que la gala es propia de los mozos; fuera de que hoy se levantan sujetos tan serafines, que se trasmontan adonde la corta vista de los viejos no los podrá alcanzar, aunque más enarque las cejas. Dios guarde á vmd., etc. Murcia y Mayo 2.

## EPISTOLA VII.

Al doctor Francisco Tellez Becerra, canónigo de Lorca.

Contra las piedras preciosas.

Por extremo me he holgado de saber de vmd., señor doctor, la curiosidad de la mitra que con tanto artificio y gala hizo aquel buen artífice romano, Francisco Campana, al eminentísimo cardenal y presidente del Consejo Real D. Gabriel Trejo: paréceme que la veo según ella es, por las vivas colores y términos tan significativos con que vmd. me la ha toda delineado. El ingenio y la labor sobrepuja sin duda á la materia, porque si bien es tanta la textura y adorno de piedras preciosas que lleva, que casi no hay género de ellas que allí no vaya y haga su figura, en mi aprecio eso es lo ménos; la monstruosidad del ingenio, la novedad del arte, la traza del artífice admiro. ¿Y el valor y precio desigual de las piedras, no? digo que no. Seré juzgado de vmd., y si no de vmd., del vulgo de los plateros por ignorante. Corra así, pádezcalo mi opinión si no eatisfaciere por mi parte en ésta de que trato; y si mis razones fueren de momento y eficaces, podré gloriarme de haber llevado como piloto práctico al puerto del desengaño á tantos que, sin fundamento ninguno, sino por un solo y capricho fantástico han querido dar tanto valor á estas piedrecillas que llaman preciosas; y si los príncipes y señores que las estiman, diesen en la cuenta y acabasen de ser cuerdos, en un punto veríamos los crisólitos, rubies, topacios, safiros, turquesas, esmeraldas y diamantes en los humildes precios ó desprecios de las chinias de los arroyos. Jesús, ¿qué decís? ¿eso echais por la boca? ¿eso defendeis contra la estimación de los príncipes, contra el juicio de los quilatadores, contra la antigua

persuasion de los joyeladores? Esto digo y esto defendiendo; por vida vuestra, que me oyais, ni aficionado á mí, ni apasionado por los otros; que en poco rato poco habréis perdido, segun Marcial:

*Hora nec asticia est, nec tibi tota perit.*

Los valores tan excesivos que tienen estas piedras que llaman preciosas, dicen los autores que tratan de ellas, Roelio, Alberto Magno, Plinio, Camilo Leonardo, Carolo Clusio y otros, que se los dan por su rareza, por su dureza, por su viva color, por su diafanidad y por sus admirables virtudes. Tratemos por orden de estos cinco artículos, y saquemos en limpio, hecha la visura, si es verdadero el valor de estas piedras ó imaginario.

Toda cosa rara es más estimada, ¿quién lo duda? verdad es, si la cosa es necesaria; porque, si no, ¿qué razón hay para dar precio, y tanto, á lo que no nos importa? Cuando es raro y poco el vino y el pan, es caro. Pero ¿por qué? por ser tan necesario, que no podemos pasar sin ello: en los ejércitos suele valer una libra de pan un escudo, y una gallina cuatro; ¿y este valor de dónde le viene, sino de la necesidad que tenemos del mantenimiento, sin el cual moriríamos de hambre? Demos, pues, que no sea cosa necesaria, ¿no sería loco el que diese aquel precio por ello? Rara cosa es un cuervo blanco y un cisne negro; pero no por eso merece más precio, pues, no nos importa más blanco que negro, ni negro que blanco. ¿No sería tenido por loco aquel que saliese de España, atravesando montes, y se embarcase para las Indias, ofreciéndose á la inconstancia del mar, á la furia de las decumanas olas, á la fiereza de los caimanes; y saltando en tierra despues de tantas fortunas, hallase una hierba rarísima en el mundo, pero inútil, y viniese contentísimo con aquella hierba de ninguna importancia? ¿á qué propósito tan largo y tan peligroso viaje? ¡Oh señor! traigo esta hierba rarísima. ¿Huele mucho? no. ¿Es medicinal? no. Pues ¿qué tiene cosa que tanto cueste? Es rara, esto basta. ¡Oh desatino! ¡oh imprudencia singular! Las gemas, así se llaman las piedras preciosas, ¿de qué importancia son? ¿de qué uso necesario? aquí me alegraré sus virtudes. Bueno está: á eso responderé yo cuando lleguemos al artículo quinto.

El segundo artículo es la dureza. De ésta participan tanto estas piedras, que no hay bronce tan duro que se pueda comparar con ellas, y especialmente con el diamante, de quien dice Plinio, libro xxxvii, cap. xv: *Siquidem illa invicta vis duarum violentissimarum naturarum rerum, ferri ignisque contemtrix, hircino rumpitur sanguine, neque aliter quam recenti calidoque macerata, et sic quoque multis ictibus tunc etiam præterquam eximias incudes maleosque ferreos frangens*: «El diamante, dice, despreciador de dos cosas las más violentas de naturaleza, el hierro y el fuego, se rompe con sangre de cabron, y no de otra manera que remojado en ella recién fresca y caliente; y así, á puros golpes, aún quebranta los yunques y martillo de hierro.» ¿Hay

más que decir de la dureza? Éste vence á todo encarecimiento de cosas duras: con todo eso, no os espante esta autoridad, y la opinion comun acerca de la dureza de esta piedra, celebrada por la más dura de todas. Oid á Carolo Clusio en pocas palabras: *Ceterum tantum abest, ut mallei ictum respuat adamas, ut etiam in scobem malleolo redigatur, facillime vero pistillo ferreo, in mortario confringi et atteri solet, ut ejus scobe alii adamantes expoliantur*: «Tan léjos está el diamante de resistir al golpe del martillo, que antes se deshace, y con las aserraduras se labran los demas diamantes.» Y lo que dice Carolo Clusio es experiencia de cada día, que no se puede negar. Y más abajo responde tambien á lo que dice Plinio: que la piedra iman delante del diamante no tiene virtud de atraer el hierro, sino que antes, si lo tiene asido, en viendo al diamante, se le cae: *Sed nec magnetem impedit, quin ferrum trahat. Nam sæpius id experiri volui, sed figmentum esse deprehendi*: «Ni ménos, dice, es impedimento el diamante para que la piedra iman no atraiga el hierro, porque muchas veces he hecho la experiencia, y he hallado ser figmento, ser falsedad.» Veis aquí en qué ha venido á parar la pregonada dureza del diamante. Yo supongo que es la piedra más dura del mundo. Y bien: ¿dónde vamos á dar con eso? ¿de qué sirve esa dureza? Hagamos un martillo de diamante para batir y romper las cosas tan fuertes, que no se dejen vencer ni contrastar. Diréis que esto no puede ser, por ser la cantidad de la materia tan poca. Pues, si no es de provecho su gran dureza, ¿por qué por ella le quilatamos en tan grande precio y estimacion? ¡Oh extremada bobería!

Pasemos á hablar de la viva color de estas piedras. Alegre, suave y bello es el color rojo del rubí, el rosado del balax, el verde de la esmeralda, el azul del safiro y el brillante del carbunco. Yo os lo confieso, los piés juntos, verdad es ésa manifiesta; pero, pues estamos en tiempo de decir sinceramente verdades, decidme vos tambien ingenuamente, ¿qué le debe el clavel al rubí? ¿qué la rosa al balax? ¿qué las plumas azules del pavon al safiro? ¿qué las verdes del papagayo á la esmeralda? ¿qué el heliótropo al carbunco? Pues ¿por qué estimais en tanto los colores de las piedras, y estos hijos de la misma madre naturaleza no los calificais? Bravamente os lleva y arrebatada la costumbre de vuestra falsa persuasion. Mirad, mirad la fuerza de la razon, no os dejeis vencer del gusto de vuestro paladar, que afrenta vuestra opinion y captiva el noble discurso del entendimiento, que es el timonero del gobierno humano. ¿En qué piedra hallaréis las várias colores del silguero, las de la calandria, las del papagayo, las de la paloma, las del ave de Juno, transformacion del todo ojos Argos? No os quiero traer aquí al arábico fénix, no me arguyais de fabuloso lo que está por tantos hombres doctos verificado. ¿Vuestras piedras tienen la excelencia, la diversidad, la pintura, la composicion de colores que vemos por esos aires en las aves, y por esos jardines y abiertos prados en las flores? y

en éstas hallaréis color vistosa y olor suave. ¿Y en las piedras? Color sola, y ésa en pocas que sea apacible y grata. La cornerina es de color de uña humana. La piedra lechera de color citrino, la piedra leucoptalmó de color de ojo de lobo, la cacabres de color blanco oscuro; la piedra idea, que se halla en el monte Ida, de color de hierro; la galérica es entre verde y amarilla, y muy grasa; la egiptila es negra, y por encima algo de verde; la eumetis de color triste de pedernal; el calchofano es negro; la calcedonia es pálida; el basanites es ferrugineo; el bezoar de color de castaña; el antifates negro luciente; el andromántes muy moreno, y otras muchas piedras preciosas que no cuento, de colores bastardas y desagradables. Si esto es así, como lo es, ¿por qué haceis tan estimables las piedras por la color, habiendo infinitas tan poco vistosas, y tan pocas de buena victa? ¿No os acabais de persuadir que no tienen comparacion las colores de las piedras con las de las aves y de las flores? El ciego no juzga de colores, y juzgará en mi favor por lo que adivina y por lo que oye decir universalmente. En cuarto lugar entra la diafanidad ó claridad de vuestras piedras, y la que más diafana os parece es el diamante. Y ello es así por lo que tiene de similitud con el vidrio ó cristal; pero ¿cuánto más claro es el vidrio ó cristal, pues en los espejos de esta materia vemos tan natural representada nuestra imágen y figura? Y experimentando el diamante, me decis: mirad, por aquí veréis en el fondo una luz pequeña brillante. No la veo, respondo. Miradla por acá. Ya esfuerzo la vista cuanto puedo, pero no la alcanzo. Pues yo veo, dice, una briznita en el centro, que me alegra el corazon. ¡Oh lo que hace la afición! ciego con el amor y gusto de estas piedras, se fuerza á creer un Narciso de piedras, que ve lo que no ve, y cuando vea algo de luz, ¿qué maravilla, pues tenemos á la mano el pedernal, fidelísimo cajero del fuego, que abunda de luz tanto, que nos servimos de él para encender los hogares de casa, y con ser un lucero que nos alumbraba de noche y de día, le compramos por la más mínima moneda? ¿Cuánto mayor perspicuidad tiene el agua, ó dulce ó salada? pues en ellas nos vemos de los piés á la cabeza con tanta transparencia, que aparecen y se descubren en ella los árboles, las casas, los tejados con los ademanos y movimientos que hacemos y hacen.

Ahora, pues, si en las aguas y en los cristales es tanta la diafanidad, ¿por qué en las piedras admiramos y estimamos tanto su claridad, que por ella vale una piedra una ciudad, y acá que con tanta largueza y copia hallamos la representacion de las cosas, pasamos por ello como si fuera indigno de admiracion? ¡Oh desacuerdo! ¡oh entendimiento de poquisima ponderacion!

Fuera, fuera, que ya llegamos á lo importantísimo de estas piedras, que son sus admirables virtudes, por las cuales de buena razon habemos de conceder que merecen los precios excesivos en que se venden, y otros mucho mayores. Los diamantes se

hallan en la India, en la provincia de Biznager, en tres rocas, donde el rey de ella tiene sus minas; y fuera de la gran ganancia que tiene, es ley que al diamante que excediere su peso de treinta mangelles, que valen ciento cincuenta granos, ó dos dracmas y seis granos, sea para el Rey. Otra roca hay en Decan, donde se hallan muy finos, aunque menores, y algunos están labrados, y á éstos les llaman *naifes*, y á todos los otros *almaces*. Otra roca hay en el paraje de Malacca, donde hay muchos, pero pequeños. Hállanse en las rocas de Biznager algunas veces tan grandes como cuatro avellanas, y Clusio dice que vió uno en esta provincia que pesaba ciento y cuarenta mangelles, y que supo de un hombre fidedigno haberse hallado otro tan grande como un huevo de gallina. El mayor diamante que se sabe es el que dió la reina doña Isabel, hija de Enrico II, rey de Francia, cuando se casó con ella nuestro rey don Felipe II, que le compró de un flamenco, llamado Carlo Affetato, en ocho mil coronas. Del diamante, pues, dice Leonardo Pisaurense que tiene virtud de expeler venenos, de resistir á los hechizos, y de echar á los demonios del cuerpo, y de vencer á los enemigos, atado al brazo izquierdo. Y Hérmes dice que el diamante donde se halle esculpida la cabeza de un hombre con barba larga, y un poco de sangre en el cuello, que tiene virtud de dar esfuerzo y atrevimiento, y obtener victorias, y preservar el cuerpo de golpes y heridas, y alcanzar la gracia de los principes y señores. La esmeralda se halla en Balagate, es llamada de los Indios y Persas *pachee*, y de los Arabes *zamarrut*. Tambien se traen del Perú, aunque no tan finas, estas piedras. De ella dice Alberto Magno que si llevándola consigo alguno tuviere acceso con alguna mujer, aunque sea propria, se le hará pedazos la esmeralda, y que hace castos á los que la traen consigo, y da buena memoria, acrecienta las riquezas y expele las tempestades; y Abenzoar dice que vale contra veneno. Y Hérmes dice que la esmeralda donde estuviere esculpida la figura de un hombre en forma de buhonero, que vende mercerías, ó de un soldado asentado bajo bandera, que da riquezas, le hace vencedor y libra de todo mal. Él mismo dice que la figura de un hombre coronado en el topacio, al que le lleva le hace bueno, virtuoso y amado de Dios y de las gentes. Él mismo dice que en el jaspé la imágen de la liebre pintada, el que la llevare, no podrá ser ofendido del demonio. Dice Chael, que si llevares en una ametista esculpida la figura de un hombre con una espada en la mano, asentado sobre un dragon, y esta piedra la pusieres en un anillo de plomo ó de hierro, que te obedecerán todos los espíritus y te revelarán los tesoros, cualesquiera que sean.

De estos milagros y virtudes estupendas, podrá traer muchos de todas cuantas piedras preciosas hay, justamente dichas preciosas, y dignamente merecedoras de inmensos precios si ello es verdad. Pero examinemos esto un poco, y veamos si consienten en ello los hombres doctos que han tratado de esta

materia y hablado en parte de ella, y saquemos á luz lo que se debe tener sin escrúpulo fundado en razon, y comprobado de la experiencia, sin la cual en este propósito podemos hablar poco ó nada; qué no es razon dure tantos siglos la antigua persuasión del grande valor de estas piedras. Parece que dirá alguno que por el mismo caso que la estimacion de estas piedras tenga tanta antigüedad, no debe ser apeada de su crédito: digo que por mí *sint omnia protinus alba*; no quiera Dios que les quite yo su nombre y fama: el valor que se da por ellas, digo que es inmenso, y que no simboliza con su virtud y facultad; y digo que muchas cosas tienen ganada opinion de tal cualidad y no la tienen. Opinion es que el ámbar es esperma de la ballena, y dice Nicolas Menardo ser falso, y que la verdad es que suelen tragarle las ballenas, y cuando las cazan, en unas se halla ámbar en los ventrículos, y en otras no, por no haberle comido. Del camaleon se dice que se sustenta del aire, y escribe Petro Belonio que es engaño, y que él estando en el Cairo vió muchos, los cuales se sustentan de moscas, langostas y gusanillos de las hierbas, y las cazan con la lengua, que tienen con un nudo al cabo, que les sirve á manera de ballestilla; de modo que no por que una cosa haya corrido con tal nombre, por eso se ha de quedar en él para siempre; tenga algun día su lugar la verdad, y no vivamos en eterno engaño. En controversia está si estas famosas piedras de que tratamos tienen virtud medicinal ó no; pero yo no me meto en eso; sea así que tengan virtud, á lo ménos debe ser muy poca; pues dice Carolo Clusio, médico excelente y grande indagador de verdades: *Gemmarum pretium, aut ex earum raritate, aut ex hominum affectibus et cupiditate intenditur: majoribus enim facultatibus, usque longo experimento comprobatis præditus est magnes, tum etiam lapis, qui sanguinem undecumque fluentem sistit*: «El precio, dice, de estas piedras es tan subido, ó por su rareza, ó por la afición de los hombres, que mayores facultades, y con larga experiencia comprobadas, tiene la piedra iman, y la piedra que estanca la sangre de cualquier parte del cuerpo que salga, y no tiene precio sino vil y bajo.» Y más abajo, en este mismo discurso que hace de las piedras, dice que esta piedra estanca-sangre se llama *alaqueca*, y que una libra de ella, aderezada, se vende en un real castellano: *Hujus tamen virtus reliquiarum gemmarum facultates exuperat, quippe qui sanguinem undecumque fluentem illico sistat*: «Y la virtud de esta piedra sobrepuja las facultades de todas las piedras preciosas, como quien es bastante á reprimir la sangre de donde quiera que mane, en un instante.» Y él mismo dice que el diamante con ser tan estimado, *nullius est in medicina usus*; que no es de ningun provecho en la medicina. Oigamos á san Isidoro, en el lib. xvi *De originibus*, en los capítulos *De gemmis*: *Volunt autem quidam jaspidem gemmam et gratia, et tutela esse gestantibus, quod credere non fidei, sed superstitionis est*: «Dicen algunos que el jaspé á los que le llevan engendra gracia y favor, y los de-

fiende de males; pero esto no es de fe, sino de supersticion.» Dice el mismo santo que los magos con el zahumerio de la piedra achates deshacen las tempestades y detienen los rios, *si creditur*, si hay alguno que lo crea. «La piedra androdumante es de color de plata, dice el santo, y los magos piensan que doma y refrena los impetus de la iracundia:» *Animorum impetus et iracundias domare et frenare dicitur, si credimus*, si se puede creer. Y el mismo san Isidoro, últimamente, que hay ciertas piedras preciosas que los gentiles usan en sus supersticiones, y que con el zahumo de la piedra liparia dicen que fácilmente pueden sacar las bestias de los bosques, y las almas del infierno. ¿Veis cómo este gran santo no da crédito á las facultades de esas piedras? ántes los milagros contados los obran los diablos por algun pacto hecho con hombres tan desalmados, que por hacerse invisibles, ó por algunos malos intentos, se sujetan al demonio y creen sus dañosas ilusiones.

Tres géneros hay de mágica: natural, artificial y vedada; la natural, dice Julio César Bulengero, libro 1, *De licita et vetita magia*, ó fué hallada por el humano ingenio, ó por el uso, ó fué enseñada de los ángeles buenos á los hombres. La salamandra, dice san Agustín, *De civitate Dei*, vive en el fuego; los montes de Sicilia hasta hoy arden y echan llamas, testigos bien idóneos de que no todo lo que arde se consume. Y ¿quién sino Dios, criador de todas las cosas, le concedió á la carne del pavon muerto que no se pudriera? Y en Sicilia dicen que la sal de Agrigento aplicada al fuego se deshace, y al agua rechina, como la comun en el fuego. A la mágica artificiosa pertenece la esfera de Posidonio, donde estaban expresas todas las conversiones de los orbes celestes verdadera y realmente. Boecio hizo con el arte, como dice Casiodoro, que bramára el metal, y la culebra de arambre silvára, y las aves labradas de madera cantáran. Lo que dice Josefo, libro VIII, de Eleazar, judío, que echaba los demonios de los cuerpos, ó no es de creer, dice Bulengero, ó entraba en parte con el demonio. *Illa aut subleste fidei sunt, aut demonem ipsum ad partes venisse necesse est*. La mágica, pues, donde interviene el demonio, la tiene condenada la santa madre Iglesia, y no se puede ni debe usar. Tales son las cosas que se hacen fuera del órden natural. Los gimnosofistas, ó mágicos indios, enviaron un árbol á Apolonio Tiano, que le saludára de su parte, y despues hicieron que dieran de beber y sirvieran á la mesa unos coperos hechos de metal; y esto no puede ser que se hiciera naturalmente, porque la naturaleza nunca da operacion si primero no dió forma efectriz y obradora de la operacion. Luego fué necesario que aquel árbol de quien fué saludado Apolonio, y aquellos ministros de metal, que fuesen informados de forma de hombre y ánima, no sólo moviente, pero racional. Y cuando los leones de madera se mueven y las estatuas hablan, esto se hace preternaturalmente; porque los animales perfectos, si no es por semen de sus semejantes, no pueden ser engendrados. Y

más que la naturaleza no puede juntamente engendrar un animal perfecto y darle luégo su justa grandeza. Demas de eso, los mágicos, las cosas que se hacen en remotísimas partes, las anuncian en el punto que se hacen, lo cual no pueden anunciar sino los que se hallaron presentes. Luego fué necesario que fuesen advertidos de demonios, los cuales obran casi en un punto en diversos lugares. En fin, los mágicos usan de puntos, caracteres, figuras y ceremonias, todo lo cual por sí no puede hacer nada, sino significar. Acerquémonos más á nuestras piedras. San Agustín, en el libro XXI, *De civitate Dei*, *Dæmones illici diversis creaturis non ut animalia cibis, sed ut spiritus signis per varia genera lapidum, herbarum, lignorum, animalium, carminum*. «Que los demonios son traídos de diversas criaturas, no como animales del pasto, sino como espíritus, por figuras. Es, á saber, por varios géneros de piedras, hierbas, árboles, animales y versos.» Que los mágicos se aprovecharon de las piedras para sus acciones mágicas de Orfeo, lo puedes saber en su libro *De lapillis*. Con la piedra anachisis, dice Plinio en la necromancia, son compelidas á salir y aparecer las imágenes de los dioses; con la piedra heliotropio y con la hierba de su mismo nombre se hace el que la lleva invisible; quien lleva la piedra neuritis, dice Orfeo, es amado de los dioses, y si es casado, lo es mucho de su mujer. *Dolon achaten gerens carus fuit Hectori*. «Dolon fué muy querido de Héctor por llevar la piedra acates.» Cedreno dice que Apolonio con mágicas figuras y encantos ligó y hizo parar un rio. Y Ovidio alude á esto:

*Quid velat et nervos magicas torpere per artes?*

¿Veis cómo los milagros que habemos contado de las piedras, con aquellas figuras de hombres y animales, son hechos por arte mágica, y que no son efectos naturales y facultades propias del diamante, del rubí, de la esmeralda y las demas? Ya habeis visto tambien cómo las piedras son de poco uso ó ninguno en la medicina; pues si las maravillas que se cuentan de ellas son por arte mágica, y las virtudes naturales que tienen no son de más provecho ni eficacia que las de las hierbas y plantas, ¿de dónde les viene tan excesivo precio y quitacion? No más que del gusto y afición de los señores; que la dureza es tan inútil, que no sirve á nadie de nada; pues por sólo ser raras, sin excelencia ninguna, cosa poco loable parece. La grande hermosura que algunas tienen no la niego, ni vos me habeis de negar que tienen tanta y más las flores y las aves. Agora, pues, ¿qué os mueve á darles tanto precio á las piedras, dejando sin estimacion cosas de tantas virtudes y mayores? Confesemos que es capricho de señores, y no más; que si ellos no dieran tanto dinero por ellas, por sólo su gusto nadie las buscára, y hoy se estuvieran encerradas en las oscuras entrañas de la tierra. Comprad, comprad esta piedra del desengaño, y las otras estimadas ó por su hermosura ó por sus efectos con igual ponderacion á las cosas que son tan bellas y tan

eficaces como ellas; que si el racional de los sacerdotes del templo de Salomon llevó piedras para adorno de su capa, tambien Cristo, y la Virgen, su madre, y la sabiduría son comparados á los lirios del campo, á las rosas de Jericó, al cedro del Líbano, cipres de Ermon, palma de Cadés, oliva hermosa en los campos, plátano opaco en las fuentes. *Ego quasi terebinthus expandi ramos meos, et rami mei honoris et gratia*. Y el lirio, ni la rosa, ni el cedro, ni la pahna, ni el olivo, ni el terebinto han tenido más que una estimacion comun, sin exceso, como las piedras, que las ha levantado al pináculo supremo de la vanidad y antojo de un príncipe, que dió por ellas tan gran precio porque quiso, y lo quiso porque gustó de ello. Esto es lo que hallo en mi favor; si á vmd. no le persuade, *operam et impensam perdidit*. De Murcia y Octubre 3.

#### EPÍSTOLA VIII.

Al capitán don Juan Delgadillo Calderon.

*Que trata de los Delgadillos, Manueles y Villaseñores y Porceles.*

Cuando yo, señor, escribí la *Historia de Murcia*, con decreto suyo y permiso de S. M., traté al fin de ella de los linajes nobles que por línea masculina quedaban en pié. Y como (aunque los caballeros Delgadillos son originarios de aquí desde la conquista) entónces no los habia en Murcia, no hablé de ellos, si bien tenía buena noticia de sus antecesores de vmd. De pocos dias á esta parte he sabido cómo vmd. es hijo de esta patria, y me ha pesado mucho de haberlo ignorado, porque si hubiera sabido lo que agora sé, necesariamente hubiera hablado en mi historia de los Delgadillos, pues me consta tanto de su nobleza. La falta ha sido de ignorar yo que vmd. fuese en el mundo. Agora, que sé cómo su padre de vmd. salió de Murcia y se casó en esa ciudad de Málaga, donde hoy vmd. asiste y tiene casa; en esta carta, que con las demas escribo, daré á la estampa su linaje y otros tres: Manueles, Villaseñores y Porceles; y en otras ocasiones, si Dios fuere servido, irá metiendo otros, que aunque no quede línea de varon, hay muchos hoy que tienen cuarto de ellos y se deben honrar de tenelle.

#### DELGADILLOS.

Los de este apellido y linaje descienden de Galicia, son caballeros hijosdalgo, y ha habido muchos de encomiendas y hábitos de todas órdenes, como fueron Juan Álvarez Delgadillo, que por su valor y hechos memorables, así en paz como en guerra, vino á ser alférez del Rey, á quien toca en los actos de los reyes llevar el pendon real, como le llevó el Conde de Cifuentes, por haber quedado esta dignidad en su casa cuando el rey don Felipe II tomó la posesion de Portugal. El rey don Juan el II dió este cargo al dicho Juan Álvarez Delgadillo, á competencia del señor de Oropesa; y su hermano, Pedro Delgadillo, fué comendador de la Membrilla. Juan Fernandez Delgadillo fué caballero de la Banda.